

Manuel rodriguez, el guerrilero de la fama

por su valentía su astucia considerado como uno de los mayores héroes de la época de la independencia chilena, Manuel Rodríguez Erdoiza nació en Santiago el 25 de Febrero de 1785 y murió asesinado el 26 de Mayo de 1818 en Tiltil, cerca de Santiago.

Era hijo del español Carlos Rodríguez de Herrera y de la peruana natural de Arequipa, Maria Loreto Erdoiza Aguirre.

Hizo sus primeros estudios en el colegio San Carlos, donde desde niño se hizo notar por su inteligencia y su carácter vivas alcanzando un puesto sobresaliente entre sus compañeros.

Estudio filosofía y jurisprudencia en la universidad de San Felipe siendo alumno destacado. Finalizo sus estudios de canones y leyes, recibiendo el grado de doctor y el titulo de abogado a los 24 años, en 1809.

Con motivo de los su sucesos de 1810, luego de formarse la primera junta nacional de gobierno, se afilio al partido moderado o criollo, en el cual militaba la mayoría de sus antiguos amigos del colegio. Uno de sus compañeros de estudio escolares había sido José Miguel Carrera, con quien lo unió una profunda amistad, vinculando de paso su destino al de la liberación de la patria.

Participo ardientemente en la luchas de la revolución desde los primeros días de esta. El cabildo le nombro procurador de la ciudad de Santiago el 11 de Mayo de 1811, cargo que dejo a raíz de la revolución del 4 de Septiembre del mismo año, cuando se llevo acabo el primer golpe de estado de Carrera.

Durante ese mes de Septiembre, fue elegido diputado por Talca; sin embargo, no fueron reconocidos sus poderes por el partido vencedor. A pesar de ello, la junta gubernativa decreto, el 9 de Septiembre, que era "Acreeedor a la mayor confianza del gobierno y del alto congreso", en señal de reconocimiento de su autoridad como representante del pueblo.

Asociado al movimiento revolucionario del 15 de Noviembre de 1811 (segundo golpe de estado de Carrera), el 16 de Noviembre fue nombrado secretario de estado en la cartera de guerra.

Dejo este cargo cuando se incorporo al ejercito el 2 de Diciembre de 1811 como capitán y actuó de secretario particular del general José miguel Carrera, tomando parte en las acciones de las campañas del sur hasta 1813.

Acusado de conspiración contra su jefe, en Enero de 1813 fue sometido a prisión y condenado a un año de confinamiento en las islas de Juan Fernández. Esta sentencia no se cumplió debido al peligro de la invasión del español Antonio Pareja, a quien , el virey del Perú, Fernando de Abascal, había confiado la reconquista de Chile. En definitiva, Manuel Rodríguez volvió a ocupar el cargo de Secretario de Carrera en 1814.

El 10 de Agosto de ese año, pasó a ocupar el cargo de secretario de gobierno y ascienda, pero por poco tiempo, pues la derrota de Rancagua, el 1 y 2 de Octubre de 1814, lo llevo al destierro con muchos de sus compañeros. Se refugio en la ciudad de Mendoza, en Argentina. Allí, se consagro a organizar la resistencia con el objetivo de actuar en el territorio chileno dominado por los realistas. Se capto la simpatía del general José de San Martín, quien comprendió que este joven podía ser un elemento importantísimo en sus planes.

Manuel Rodríguez manifestó a San Martín su intención de atravesar la cordillera de los Andes y levantar a la gente de los pueblos y del campo, realizando en Chile una campaña de guerrillas y montoneras a favor de la causa patriota. San Martín apoyo sus planes, comprendiendo la necesidad que alguien cruzara al frontera, se comunicara con los patriotas que permanecían en Chile y además, sembrara el desconcierto entre los

españoles, manteniendo dispersos el ejercito de Marco del Pont, superior al suyo.

Traspasso los Andes por Col chagua, ingresando al país en 1815, donde actuó con otros agentes de San Martín

Un nombre de leyenda

Su nombre vivió, desde entonces, unido a la leyenda sus actos de audacia y valor despertaban las simpatías de sus compatriotas, que sentían como un deber ayudarlo y protegerlo. Tanto en el campo como en la Ciudad, patrones e inquilinos, jefes de familia y molestos trabajadores sentían por el gran admiración, convirtiéndose pronto en un héroe popular.

Rodríguez, educado en la ciudad y de hábitos refinados, se hacia entender y querer tanto por los "huasos" como por los "futures".

Al llegar a Chile para comenzar su acción guerrillera, elijo como centro de operaciones la región de Col chagua. Allí organizo su banda de montoneros, un grupo de hombres de audacia ilimitada y asocio incluso a sus guerrillas a un capitán de bandidos, Miguel Neira, famoso salteador que había sido ovejero en su juventud y que había adquirido triste reputación.

Desde esa zona, y manteniendo constante comunicación con Mendoza, emprendía sus correrías que llevan hasta Curico y el valle de Santiago. Estas bandas se dispersaban por los campos dando golpes esporádicos donde menos se les esperaba. Logro distraer y alarmar el ejército real haciéndolo creer que sus tropas eran muy numerosas y que formaban un cuerpo de ejército salido de Mendoza para atacar las ciudades.

Sublevo los pueblos y hostilizo al gobernador Francisco Casimiro Marco Del Pont, quien puso precio a su cabeza en Noviembre de 1816. Se ofrecieron mil pesos de oro a quien lo entregara, vivo o muerto. También se puso precio a la cabeza de Neira.

Realizo el guerrillero infinidad de proezas y utilizo los ardides más ingeniosos para penetrar en los lugares ocupados por los españoles y ponerlos en ridículo. Sembró la confusión y el desconcierto entre ellos en muchas ocasiones, manteniendo al ejército realista en continuo movimiento en su persecución.

Se mantenía en contacto con sus amigos en Santiago y del sur y atravesó varias veces la cordillera, estableciendo comunicaciones directas, por medio de correos especiales, con San Martín.

Utilizando originales disfraces, entraba y salía de Chile. Al guerrillero le gustaba realizar personalmente sus empresas y, gracias a su audacia, llego a penetrar varias veces en Santiago, sin cuidarse del famoso tribunal de vigilancia que funcionaba en la ciudad.

Su arrojo y valentía desconcertaban y atemorizaban a sus propios amigos, como el caso de una noche en que entro a una casa, presumiblemente de confianza donde se daba una tertulia, pasando la velada jugando "malilla" con la mayor calma, mientras los invitados lo miraban aterrorizados, ya que era buscado por todo el ejercito español.

En otra oportunidad siendo perseguido se mantuvo escondido un día entero y parte de una noche dentro de una tinaja.

Su audacia lo llevo a acercarse al palacio del gobernador Marcos del Pont, a quien le abrió humildemente la puerta de su carruaje, solo por el deseo de conocerlo personalmente.

En los campos quienes ayudaban a Rodríguez sufrían en la destrucción y el robo por parte del ejército realista, el que incendiaba sus casas y sus cosechas buscando al guerrillero, pero era tanta la devoción y admiración

que despertaba, que nunca fue delatado. A su vez, Rodríguez asaltaba las haciendas realistas con su banda de montoneros.

La influencia de esta guerrilla en el desenlace de lo que luego sería la batalla de Chacabuco, fue considerable. Contribuyó, sin duda, a la desorientación de Marco del Pont.

En cierta ocasión, refugiado Manuel Rodríguez en una iglesia y rodeado de soldados españoles que lo buscaban, disfrazado con el hábito de moje franciscano, recibió al jefe de las tropas, guiándolo por las distintas dependencias del templo para que se asegurara que allí no se escondía el tan buscado guerrillero.

APARECE LA LOGIA

El 4 de Enero de 1817, estando próximo el cruce de los Andes por el ejército libertador, Rodríguez asaltó la ciudad de Melipilla. Arrestó al gobernador Yécora y al odiado jefe de los Talaveras, el oficial español Tejeros, quien murió en manos de su ayudante López, sin que aquel lo supiese.

Luego, diseminó montoneros por toda la zona central, lográndose llegar a manos de los realistas cartas con informes falsos, con el fin de desconcertarlos.

Por último, atacó la ciudad de San Fernando el 12 de Febrero de 1817, el mismo día de la batalla de Chacabuco. Tomando San Fernando, se proclamó jefe superior de la provincia de Colchagua y, con sus guerrilleros, distrajo a las fuerzas realistas.

Esta acción colaboró eficazmente a desestructurar al ejército de Marco del Pont, debilitando la caballería que estaba a cargo del brigadier Rafael Maroto, quien comenzó su persecución por los cerros de Colchagua.

La victoria de Chacabuco, aunque rápida y poco sangrienta, aseguró la libertad de las provincias de Santiago y Coquimbo; pero la guerra iba a proseguir en Concepción, donde los realistas disponían de importantes fuerzas.

Una vez que se estableció el gobierno republicano y se eligió a Bernardo O'Higgins como director supremo de Chile, la Logia Lautarina combinó que era peligrosa y poco conveniente la existencia de un jefe guerrero tan prestigioso y popular como Rodríguez, pues se oponía y podía inferir en los planes secretos que la logia tenía contra el general José Miguel Carrera.

La logia Lautarina fue una asociación emancipadora que se introdujo en Chile en 1817, como ramificación de la de Buenos Aires, establecida por el General José de San Martín, al llegar de Europa en 1812. Estaba inspirada en las asociaciones secretas que, para lograr la independencia de América, fundó el patriota venezolano Francisco de Miranda en Londres.

Después de la Batalla de Chacabuco, San Martín estableció en Santiago una logia de Lautaro, compuesta de argentinos y chilenos, para dominar el gobierno en el orden político.

O'Higgins le propuso a Rodríguez que se alejara del país, protestando una supuesta misión diplomática al extranjero, específicamente a Estados Unidos. Rodríguez, consiente que se le quería alejar y sabiendo que no servía para diplomático, no aceptó esta solución. Fue conducido detenido a la capital y reducido a prisión en Valparaíso, con la intención de deportarlo. Se fugó y estuvo escondido hasta el regreso de San Martín a Santiago.

San Martín lo reincorporó al ejército y le confirió el grado de teniente coronel en junio de 1817; además, fue nombrado auxiliar de Estado Mayor general. También, por decreto del 17 de noviembre de ese año, fue declarado por el Gobierno Benemérito de la Patria.

Sin embargo, Manuel Rodríguez, siempre con reacciones inesperadas, al mando de una guerrilla de voluntarios encargada de perseguir a los realistas fugitivos, tomó por segunda vez San Fernando, cambiando las autoridades.

Esto no fue aceptado por el Gobierno Central, y el sustituto de Bernardo O'Higgins mientras éste estuvo en el sur, Hilarión de la Quintana, hizo arrestar a Rodríguez acusándolo de conspiración a favor de los Carrera. Estuvo encarcelado varios meses, y luego puesto en libertad.

San Martín lo nombró auditor de guerra del Ejército el 15 de diciembre de 1817. Pero Rodríguez, aunque abogado por estudios, tampoco servía para aplicar leyes.

Se trató de nuevo de alejarlo del país, esta vez con un viaje a Buenos Aires para el cual ya se estaba preparando, pero la sorpresa de Cancha Rayada, el 19 de marzo de 1818 que trajo a la capital la desesperación y el pánico, le dio la oportunidad de permanecer en Chile, alentando de nuevo al desmoralizado Gobierno.

Rodríguez permaneció entonces en Santiago, y en esos momentos sostuvo y dio aliento a los patriotas. Aún tenemos patria, ciudadanos, dijo, y oponiéndose a una nueva emigración trasandina, que ya se preparaba, hizo reaccionar al pueblo y organizó el famoso escuadrón Húsares de la Muerte. Fue nombrado edecán del Gobierno el 21 de marzo de ese año.

El 23 de marzo se le entregó, por veredicto popular espontáneo; y en un tumultuoso cabildo abierto en el que prevalecieron los carrerinos, el puesto de director Supremo asociado al interino don Luis de la Cruz, ejerciendo el cargo durante 48 horas, las que ocupó preparando la defensa de la ciudad.

Pero al retorno de O'Higgins, le entregó el mando, poniéndose a sus órdenes. Se batió en la batalla de Maipú, ocurrida el 5 de abril de 1818 donde sus Húsares de la Muerte tuvieron a su cargo la persecución del enemigo.

EL PLOMO DE LA TRAICION

Una vez vuelta la calma, O'Higgins y San Martín decidieron alejar del país a Manuel Rodríguez. Ambos le temían por su popularidad. Su escuadrón de Húsares de la Muerte fue disuelto por estar formado por jefes y oficiales carrerinos, medida a la que se resistió el popular guerrillero.

Se cree que a Logia Lautarina, asesorada por el auditor Bernardo Monteagudo, resolvió deshacerse del guerrillero haciéndolo desaparecer. El caudillo fue apresado y conducido al cuartel de San Pablo por una compañía de Cazadores de los Andes. Resuelto el asesinato, el 25 de mayo de 1818 se le sacó del cuartel de San Pablo para conducirlo a Valparaíso, con supuestas intenciones de enviarlo al extranjero, deportado.

Se le obligó a marchar a Quillota por la cuesta de la Dormida, custodiado por una compañía del batallón Cazadores de los Andes, al mando del teniente coronel argentino Rudesindo Alvarado, quien tenía la orden de asesinarlo.

La comitiva se detuvo en Colina, y allí, el capitán Manuel José Benavente pasó un cigarrillo de papel blanco á Manuel Rodríguez, en el que había escrito con lápiz:

‘Huid. Benavente había sido advertido de lo que iba a ocurrir, al partir del cuartel de San Pablo, por el asesino de hecho, Antonio Navarro. Rodríguez rehusó aceptar el consejo.

El día 26 de mayo, el batallón alojó en las márgenes del estero Lampa. Al crepúsculo, el oficial Antonio Navarro invitó al prisionero a dar un paseo, engañándolo. Iban acompañados por el asistente Gómez, el soldado Parra y el cabo Agüero, armados de fusiles.

Cuenta la leyenda, recogida por el escritor Jorge Inostrosa en su obra Los húsares trágicos que el guerrillero iba sumido en sus cavilaciones extrañamente sin ánimo, como si resignara a su suerte por anticipado. En otras ocasiones hubiera intentado algo, pensaba; pero sentía el cuerpo pesado, como si se le hubieran acumulado sobre el alma las fatigas de muchas desilusiones.

En esos momentos asomaba una opaca luna menguante por sobre el perfil de los lejanos cerros de Colina. Rodríguez la contemplaba con tristeza, y trastabilló sobre el terreno agrietado.

Repentinamente, tras de él, el teniente Navarro hizo una observación con voz aguda, que pareció raspar los nervios de todos:

– ¡un pájaro negro tapa luna!

Era posiblemente una lechuza o un buitre que había levantado vuelo al oír sus pasos.

–Es verdad (observó Rodríguez). Dicen que es cosa de mal agüero, y siempre a mí...

No alcanzó a terminar la frase; se la cortó el estampido brusco de un disparo. Navarro había hecho fuego sobre él, casi a quemarropa, incrustándole una bala en el cuello, por un costado de la nuca.

El guerrillero giro sobre sí mismo, como si una gigantesca zarpa lo hubiera retorcido desde arriba de la cabeza y cayó al suelo, exhalando ahogadamente:

– ¡Navarro, eras tú el asesino!... Yo también pude haberte...

El oficial español daba saltos histéricos, a pocos pasos, y volvió a disparar sobre el caído, gritando como un loco:

–¡Remátenlo!.. ¡Remátenlo!

Los cuatro soldados se volvieron al instante hacia la mancha blanca y verde del uniforme del guerrillero, que se retorció en el suelo, y dispararon simultáneamente sus fusiles. Durante varios segundos, cargaron y descargaron sus armas sobre el caído, hasta acribillarlo a balazos.

Por último, el cabo Agüero le dio el golpe de gracia atravesándole el corazón con su bayoneta. Después, atolondradamente lo arrastraron de los pies, lo arrojaron dentro de una zanja, y cubrieron su cuerpo con ramas y hojas.

Ay quedó en el centro del lugar llamado el Jano del Gato, con los ojos cegados para siempre, el húsar de la muerte, el guerrillero de la fama.

Sus asesinos huyeron a todo escape, y recuperaron sus caballos, se lanzaron a galope tendido por el camino a Quillota, para sumergirse en el protector anonimato de la masa humana que componía el regimiento argentino `Cazadores de los Andes. Acto seguido se dio aviso al batallón de que Rodríguez había querido fugarse y había sido muerto si darle caza.

HAY ALGO RARO EN LA NOCHE

En un potrero vecino, dos labriegos se habían quedado con las cabezas vueltas hacia el sitio donde sonaron los disparos, las manos inmóviles sobre sus azadones. Se llamaban Hilario Cortés y Francisco Serey.

Durante el día, habían visto pasar al regimiento argentino, y no eran aquellos tiempos propicios para meterse

en los asuntos de los militares.

–Parecía un fusilamiento ,arriesgó por fin Francisco Serey..

–Eran demasiado desparramados los disparos ,le observó Cortés.

–Una matanza entonces, susurró, amedrentado, el primero. Y como si se pusieran de acuerdo sin necesidad de palabras, ambos recogieron sus herramientas y se alejaron silenciosamente del lugar.

–Volvamos a las casas del fundo, mejor y prevengamos al patrón don Manuel ,sugirió Cortés, cuando ya se habían distanciado bastante. El sabrá qué se hace.

El otro campesino asintió con una medrosa inclinación Por primera vez, la oscuridad lo atemorizaba y sentía un frío muy extraño.

Manuel Valle, el dueño del fundo, se quedó mirando a sus dos peones muy al fondo de los ojos, y terminó por hacer un gesto significativo.

–Dejemos el asunto para mañana, niños (dijo en voz baja). No sea cosa que.. Mejor esperemos a que ese regimiento se haya alejado de un todo, más allá de la cuesta La Dormida.

Sin embargo, ninguno de los tres se movió del alto corredor de la casona; seguían vueltos hacia la ancuvina el cementerio indígena donde sonaran los tiros.

– Las cosas que están pasando (filosofó Manuel Valle), Cérame un mate, Hilario, y, después, si quieren, retirense a sus ranchos.

Pero los dos peones negaron con torpes movimientos de cabeza:

–Si el patrón me da su venia (aventuró Cortés), preferiría quedarme mateando aquí. Hay algo raro en la noche..; es como si las ánimas anduvieran sueltas.

El dueño del fundo y sus dos peones matearon hasta muy tarde; sentían que la noche les pesaba encima; hasta en el ladrido de los perros creían escuchar acentos agoreros. Por fin, Valle entró y los campesinos se arrebujaron en sus mantas y durmieron en el corredor.

Poco después del alba, Valle volvió a salir, llevando dos escopetas; despertó a los hombres y se las entregó. – Una luz plomiza, precursora de lluvia, opacaba la atmósfera. Caminando con deliberada lentitud, cruzaron –el llanito frontero a la casa del fundo, y se internaron en el potrero en cuyo costado opuesto se divisaban los totemes indios.

Iban buscando entre los matorrales, paso a paso, observándolo todo, sin dejar pasar ni una acequia, ni una quiebra de la tierra. Sortearon el cementerio indio; llegaron a unos zarzales..., y nada. Más allá estaba el camino, amarillento de polvo.

Las narraciones de la época cuentan que muy cerca de allí, en una zanja, encontraron un cuerpo, cuyo rostro era irreconocible. Al darlo vuelta, quedó al descubierto su quepis, sobre el cual estaba tumbado, y una liviana Manta de color claro.

Manuel Valle recogió ambas prendas y las observó con detención.

–Estaba condenado a morir– razonó con simpleza, mostrando a sus peones una calavera con dos tibias

cruzadas bordadas sobre la víscera. Apenas terminaba de expresar su sentencia cuando pareció recordar algo y emitió una exclamación sofocada—:

¡Por todos los santos, niños! ¡Este hombre era un oficial del escuadrón Húsares de la Muerte! Esté es el distintivo que usaban.. Pero... ¿quién?... ¿quién podrá haber sido?...— Un largo rato permaneció con el ceño fruncido, contemplando ora al cadáver, ora al quepis. Cavilaba arduamente. De súbito sus ojos se iluminaron y se mordió los labios bajo los gruesos mostachos—. ¿No será, por Diosito santo...?— Se volvió hacia sus hombres como para que le confirmaran la sospecha que acababa de cruzar por su mente—. El jefe de ese escuadrón era el coronel Manuel Rodríguez que estaba preso en Santiago...

Y el 28 de mayo, en presencia de los dos labradores, Manuel Valle, el capellán de la iglesia y el subdelegado de Tilttil, Rufino Moya, se le dio piadosa sepultura bajo el altar de la capilla de aquel pueblo.

—Nosotros cinco —dijo el capellán— vamos a ser los únicos depositarios de este secreto, Callaremos durante años posiblemente, mas al algún día será necesario que indiquemos el lugar exacto donde vamos a depositar a este desdichado, para qué otras manos le den la sepultura que merece...

Allá, en la modesta e ignorada capilla de Tilttil, yacía para siempre Manuel Rodríguez. La carcajada burlona con que afrontó durante toda su vida los graves riesgos a que se vio enfrentado había sido segada con plomo, con plomo de la traición, aquella noche borrascosa.

Un obstáculo más era barrido de la senda quien trazaban inflexiblemente los maestros de la Logia Lautarina. La boca maligna que dio la última orden fue la de Monteagudo, y el brazo ejecutor el del mísero desertor Antonio Navarro, trastornado por el miedo.

EL AGUA Y EL VIENTO DICEN...

Durante varios días, nadie conoció la suerte del guerrillero inútiles fueron las búsquedas que como alma en pena, realizaron sus parientes y amigos cercanos, vanas sus preguntas, estériles sus súplicas ante las puertas de los principales jefes del Ejército. Todos los labios estaban sellados.

En Santiago sólo se sabía que Manuel Rodríguez había desaparecido, que su figura legendaria se había esfumado en algún recodo del camino que conducía a Quillota.

Don Carlos Rodríguez, el padre, viejo e incapaz de la menor rebeldía, anulado por los continuos infortunios, cerró para siempre las puertas de su casa, y no se le vio visitar a personaje alguno, ni siquiera formular una sola pregunta. ¿Para qué?... Desde hacía muchos años estaba esperando algo así.

Los únicos que hubieran podido protestar en nombre suyo eran sus otros dos hijos, Ambrosio y Carlos; pero ellos estaban desterrados en Argentina y desconocía hasta sus paraderos. Se encerró en su casona de la calle Las Agustinas y nadie volvió a verlo nunca más.

Pero la noticia se supo pocos, días más tarde. Seguramente brotó de entre los soldados del regimiento Cazadores de los Andes; quizás fueron los propios asesinos los que se vanagloriaron de su hazaña.

Y ella comenzó a desparramarse y a crecer como un alarido, poniendo muecas de espanto y de repudio en los rostros de los hombres de los campos y de las ciudades. Los labriegos y los huasos, los viejos patricios y la juventud aristocrática, se quitaron reverentes los sombreros y maldijeron en voz baja vueltos hacia el Palacio de Gobierno.

Luego, fue imposible de desentenderse de los hechos. El asesinato del coronel Rodríguez era conocido y comentado en todas partes. El Gobierno ordenó abrir un proceso y la gente volvió con desprecio la espalda a

esa farsa en que se envolvió al teniente Antonio Navarro.

Y éste, corroído por la vergüenza y el, arrepentimiento, clamaba a gritos que se le permitiera confesar la verdad. Pero, entregado a las manos crueles de Bernardo Monteagudo, tuvo que acallar su voz; su confesión fue ahogada en el hermetismo de una celda, a la que no se permitió entrar a nadie.

Y meses más tarde, protegido por el Gobierno y recompensado con honores militares, fue desterrado al otro lado de los Andes. En esa forma, desapareció el hombre que anhelaba hablar para descargar su conciencia, que quería proclamar quiénes habían ordenado se arrebatara la vida al valiente guerrillero.

Y éstos, los que dictaron la sentencia, pudieron permanecer amparados por el velo de la impunidad, ya que entre las obligaciones que imponía la Logia Lautarina entre sus miembros estaba la de defenderse y protegerse entre ellos, en toda situación.

Más tarde, se quiso hacer desaparecer el cuerpo de Rodríguez tratando de descubrir el lugar de su sepultura. El 25 de mayo de 1895 su cuerpo fue trasladado al Cementerio General de Santiago.